



HALCÓN

GARY
JENNINGS

Éstas son las supuestas memorias del godo Thorn, quien narra sus hazañas y aventuras desde su insólita iniciación sexual en dos monasterios hasta un extraordinario viaje por toda Europa en compañía de Wyrd, un centurión romano convertido en cazador y trampero, que le enseña a sobrevivir en los bosques, sin olvidar su amistad con Teodorico, rey de los ostrogodos, a quien sirve como general y diplomático cuando el imperio romano, ya en plena decadencia, conoce un renacer gracias a este monarca.

Nous revenons toujours
A Joyce
A nous premiers amours

RAPAZ: Pájaro de presa, cual es el águila o el halcón,
caracterizado por su apetito carnívoro, gran capacidad
de vuelo y extrema agudeza visual.
WEBSTER'S

MORTAL, no has sido tú quien decidió tu seguridad ni
tu fortuna. Nunca te regocijes en exceso cuando te lle-
ve a grandes victorias; nunca te conduelas cuando te
lleve a triste adversidad. Recuerda, mortal, que si la
fortuna perdura ya no es fortuna.
BOECIO (A.D. 524)

Nota inicial del traductor

Aunque el relato de Thorn comienza en el estilo tradicional de los godos: —«¡Leed esas runas!»—, en realidad se redactó en su casi totalidad en fluido latín. Sólo de vez en cuando inserta Thorn un nombre, un vocablo o una frase «en el antiguo lenguaje» gótico o en otra lengua. El alfabeto romano de la época impide la transcripción de sonidos góticos como «kh», y Thorn los conserva en su forma original, que parcialmente derivaba de los viejos caracteres rúnicos. He optado por transcribir esas palabras según el alfabeto romano actual, de modo que el lector se haga una idea de la pronunciación original.

He dividido el relato de Thorn —páginas y más páginas de hechos sin solución de continuidad y sin espaciar— en secciones y capítulos a mi buen criterio. Para facilitar la lectura he recurrido en ocasiones a la letra bastardilla para dar énfasis al texto, establecer párrafos y dotarlo de una cierta puntuación, recursos que en los manuscritos de la época se utilizan raras veces, si no de forma arbitraria. Me he tomado, además, una libertad digna de mención: en numerosos párrafos en que Thorn emplea el vocablo latino *barbarus* o su equivalente gótico *gasts*, lo he transcrito por «extranjero». En la época de Thorn, prácticamente todas las naciones, tribus y clanes denominaban «bárbaros» a los demás, pero el epíteto —salvo cuando se empleaba como auténtico insulto— no poseía la connotación actual de bruto y salvaje; por eso he juzgado que «extranjero» define mejor el sentido que se le daba.

En la época en que nació Thorn, siglo V de nuestra era, el mapa de Europa era un laberinto de fronteras cambiantes por efecto de las migraciones de pueblos enteros, guerras entre naciones y el ascenso o decadencia de las mismas. El lector debe tener presente que los godos —el pueblo más poderoso de los germanos— en aquel entonces lo constituían los visigodos de Europa occidental y los ostrogodos del Este. Del mismo modo, el imperio romano adoptaba una división similar, con dos mitades gobernadas por su respectivo emperador con capital en Roma y Constantinopla, respectivamente.

No sabemos cuántos años tardaría Thorn en escribir su crónica, pero sí que la concluye en el año 526. Muchas ciudades y lugares mencionados en el relato existen con su nombre moderno, pero muchos otros, naturalmente, han desaparecido. Por tal motivo, y para mayor rigor, he optado por dejar los topónimos en su forma original, tal como el cronista los conoció. Para mayor comodidad del lector, en los mapas figura el emplazamiento y los nombres actuales de las localidades que aún existen.

Por simple curiosidad, me decidí a localizar el primer lugar que Thorn menciona en el texto —el Circo de la Caverna— que, según Thorn, se situaba en el reino de los burgundios, entre Vesontio y Lugdunum (las actuales Besancon y Lyon), y, efectivamente, lo encontré en la región del Jura próxima a la frontera suiza. Asombroso que, después de quince siglos, subsistan el angosto y profundo valle, las cascadas, la cueva laberíntica, el pueblecito y las dos abadías, que apenas han cambiado la descripción que nos hace Thorn. Y lo más asombroso es que el lugar sigue llamándose, en francés, el Cirque de Baume.

Y sigue siendo el hábitat del rapaz que tanto admiraba Thorn, el *juika-bloth*, que «combate por sangre», el águila denominada *aigle brunâtre* en otras regiones francesas y que los lugareños denominan en el Cirque de Baume *aigle Jean-Blanc*, nombre que a mi modo de ver es una corrup-

ción del gótico *juika-bloth*. Es un ave muy apreciada porque, como explica Thorn, se alimenta de reptiles, entre ellos la víbora. Consciente de la extraordinaria y paradójica naturaleza de Thorn, me interesó enterarme de que existe división de opiniones entre los habitantes del Cirque de Baume sobre cuál es el rapaz más despiadado, el águila macho o la hembra.

G. J.

I

EN EL CIRCO DE LA CAVERNA

Capítulo 1

¡Leed esas runas! Fueron escritas por Thorn el *Mannamavi*, y no son dictado de ningún maestro, sino sus propias palabras.

Escuchadme, vosotros que vivís, que habéis hallado estas páginas que escribí cuando, al igual que vosotros, yo vivía. Es la historia auténtica de una época pasada. Puede que estas páginas hayan estado acumulando polvo tanto tiempo que, en vida vuestra, las viejas épocas sólo se recuerden en las canciones de juglares. Pero, ¡aj!, todo juglar cambia las historias que canta, recortándolas o elaborándolas para cautivar mejor a la audiencia o halagar a su amo, su gobernante, su dios —o para difamar a los enemigos de su amo, su gobernante, su dios—, hasta que la verdad queda oscurecida por los velos de la falsedad, la mojigata adulación o el simple mito. Por tanto, para que se sepa la verdad de los acontecimientos de mi época, me dispongo a relatarlos sin poesía, parcialidad o temor a represalias.

No obstante, es preferible que comience diciéndoos algo sobre mi persona, una verdad que pocos sabían, incluso entre mis coetáneos. Quienes leéis estas páginas, seáis hombres, mujeres o eunucos, debéis comprender que yo era completamente distinto a vosotros, pues, si no, mucho de lo que os relataré os resultará incomprendible. Bien, he discurrido largo y tendido para explicar mi naturaleza peculiar —para hallar el modo de que no os retraiga la repugnancia ni os haga reír el desdén—, pero la verdad no admite exqu coastes. Así, para haceros entender mi diferencia

respecto a otros seres humanos, lo mejor que se me ocurre es explicaros cómo yo mismo llegué a advertirla.

Fue durante mi infancia en el gran valle circular llamado el Circo de la Caverna. Tendría quizá doce años y estaba haciendo mis faenas de pinche en la cocina de la abadía, en la que el encargado era el hermano Pedro, un burgundio, que en el siglo se llamaba Guillermo Robei; era de mediana edad, robusto, asmático y tan rubicundo que su tonsura blanca se habría fácilmente confundido con un solideo sobre sus grises cabellos. Como era un monje que se había incorporado hacía poco a la comunidad, era el último en la jerarquía de la abadía de San Damián Mártir y, por lo tanto, se encargaba de la cocina, dado que era la tarea que más desagradaba a los otros monjes. Sabía él que los hermanos no se aventurarían en la cocina mientras él estuviera guisando ni se arriesgarían a que les encomendase ninguna odiosa tarea relacionada con la cocina. Por eso Pedro se sentía tranquilo y sabía que no le sorprenderían ni interrumpirían cuando me alzó la camisa por detrás, acariciándome las nalgas desnudas y diciendo en el lenguaje antiguo con su acento burgundio:

—Aj, amiguito, qué trasero tan atractivo tienes. A decir verdad, también tienes una cara agradable cuando la llevas limpia.

A mí me sorprendió un tanto tal familiaridad al tocarme, pero más me ofendieron sus palabras. Por mis obligaciones en la cocina yo me ensuciaba con el hollín, la carbonilla y las cenizas, pero, de todos modos, en general —como iba con frecuencia a divertirme a las cascadas que había en las cercanías, con lo que era el único del valle que se desvestía del todo de una vez— yo estaba mucho más limpio que Pedro o cualquiera de los monjes, con excepción, quizá, del abad.

—En cualquier caso, esta parte de tu cuerpo está limpia —prosiguió Pedro, sin dejar de acariciarme las nalgas—.

Ven, te voy a enseñar una cosa. Mi último muchacho, Terencio, aprendió mucho de mí. Mira esto, chico.

Me volví y vi que se había levantado la parte delantera de su hábito de harpillera. Lo que me enseñaba no era nada que yo no hubiese visto antes, porque la orina humana con seis meses de solera es el mejor abono para las vides y los frutales, y otra de mis tareas, dos veces al año, consistía en trasegar con cubos los meados de los dormitorios, por lo que había visto a los hermanos hacer aguas mientras trabajaba. Pero lo cierto es que no había visto el tubo urinario de ningún hombre tieso, hinchado y con un capullo rosáceo, como lo tenía Pedro en aquel momento. Tardaría un tiempo en enterarme de que el miembro viril en semejante estado se llama en latín *fascinum*, de donde procede la palabra «fascinar».

Luego, Pedro metió la mano en la vasija de manteca de ganso, musitando «Primero el santo crisma» y se untó con ella, haciendo que el rígido miembro se pusiera rojo brillante como si ardiera por dentro. Asombrado y pensativo, dejé que Pedro tirase de mí hasta el gran tajo de roble en el que se cortaba la carne, en donde hizo que me doblara apoyado en el estómago.

—¿Qué haces, hermano? —dije, al ver que me subía la camisa hasta la cabeza y comenzaba a separarme las nalgas con las manos.

—Chist, muchacho; te voy a enseñar una nueva manera de hacer tus devociones. Haz como si estuvieses arrodillado en un reclinatorio.

No cesaba de remover las manos y una de ellas la introdujo entre las piernas, llevándose una gran sorpresa con lo que encontró.

—¡Ah, diablo!

Y pienso que con él debe estar. Ya hace mucho que murió, y, si el Dios en quien decía creer es justo, seguro que Pedro lleva todos estos años en el infierno.

—Ah, pequeño falsario —añadió con una risotada, acercándome la boca al oído—. ¡Qué afortunada sorpresa! Así no cometeré el pecado de sodomía —siguió diciendo, guiando con mano temblorosa su *fascinum* hacia lo que había encontrado—. ¿Cómo es posible que ningún hermano haya sospechado la presencia en el convento de una *hermanita*? ¡Tenía que ser yo, *ja!* ¡Dios santo, y aún tiene la membrana!

A pesar de que la manteca lubricaba la entrada, noté un dolor agudo y lancé un grito de protesta.

—Chist... chist... —dijo él, jadeando, ya tumbado sobre mí golpeándome sin cesar con el bajo vientre los muslos, metiéndome y sacándome aquella cosa pegajosa—. Estás aprendiendo... un modo nuevo de... comulgar...

Yo pensé que prefería muchísimo más el método tradicional.

—*Hoc est enim corpus meum...* —canturreaba Pedro entre jadeos—. *Caro corpore Christi...* ¡aaaah! ¡Toma! ¡Comulga! —añadió temblando de arriba a abajo.

Yo noté el cálido chorro en mis tejidos internos y pensé que el guarro se había orinado dentro. Pero no salió agua cuando se apartó, y hasta que no estuve de pie no noté aquello húmedo por entre los muslos. Me limpié con un trapo y advertí que lo que me mojaba —aparte de un reguero de mi propia sangre— era algo viscoso y blanco, cual si el hermano Pedro hubiese realmente depositado un poco de pan eucarístico dentro de mí y éste se hubiese deshecho. Así, no tenía motivo para desconfiar de su afirmación de que me había enseñado un método nuevo de comunión, y me sorprendió un tanto cuando me recomendó que guardase el secreto.

—Ten cuidado —dijo muy serio una vez que recuperó el aliento, y después de limpiarse el tubo ya flácido y arreglarse el hábito—. Muchacho —seguiré llamándote muchacho — te has buscado con métodos fraudulentos una buena si-

tuación entre los hermanos de San Damián. Mejor será que la mantengas oculta para que no te expulsen.

Hizo una pausa y yo asentí con la cabeza.

—Muy bien. Yo no diré una palabra de tu secreto ni de tu impostura. Si —añadió, alzando un dedo amenazador— tú no dices una sola palabra de nuestras devociones, que seguiremos practicando, pero sin que trasciendan fuera de la cocina. ¿De acuerdo, joven Thorn? Mi silencio a cambio del tuyo.

Yo no tenía una idea muy clara sobre aquel intercambio de mi silencio y mi aceptación, pero el hermano Pedro pareció quedar satisfecho al musitarle que nunca hablaba con nadie de mis devociones privadas. Y, cumpliendo mi palabra, nunca conté a ningún fraile ni al abad lo que sucedía en la cocina, dos o tres veces por semana a mediodía, cuando Pedro había terminado la comida y antes de que los dos la llevásemos para servirla en el refectorio.

Después de dos o tres veces de ser empalado, dejé de sentir dolor y al cabo de otras cuantas sólo me parecía aburrido pero soportable. Luego, advertimos los dos que no hacía falta la manteca para facilitar la penetración, y en aquella ocasión, Pedro exclamó:

—¡Aj, la pequeña gruta se humedece ella sola! ¡Me invita a entrar!

Era lo único que él notaba, que aquello se ponía húmedo antes de ser corneado; supongo que era una cosa que había aprendido mi cuerpo para compensar la molestia. Pero me di cuenta de que las devociones también ejercían en mí otro efecto, y el hecho acrecentaba mi asombro y perplejidad.

Ahora, las devociones también hacían que se me alzara la misma parte de mi anatomía que la que empleaba el hermano Pedro, aparte de que notaba una nueva sensación, una especie de ansia no dolorosa sino condolidada, algo parecido al hambre, pero no de comida.

Pero Pedro no se daba cuenta de aquello; se limitaba a efectuar el acto obligándome a inclinarme sobre el tajo de madera y apresurándose a penetrarme por detrás. Nunca miraba ni me tocaba, y jamás advirtió que entre las piernas tenía algo más que aquella raja. Durante toda una primavera y casi todo el verano compartí —o soporté— aquellas devociones. Luego, a finales de verano, el abad en persona nos sorprendió en pleno acto.

Un día, don Clemente entró en la cocina antes de ir al refectorio y se encontró con Pedro espatarrándome y penetrándome. El hombre exclamó: «¡*Liufs Guth!*», que significa «¡Dios mío!» en el antiguo lenguaje, al tiempo que Pedro sacaba su miembro y se apartaba a toda prisa. Luego, el abad dijo en un gemido: «¡*Invisan unsar heiva gudeü!*», que quiere decir «¡En nuestra santa casa!», para añadir con un auténtico bramido: «¡*Kalkinassus Sodomita!*», que por entonces yo no entendí, aunque recordaba que en cierta ocasión Pedro había utilizado una de esas palabras. Yo, maravillado porque el abad se mostrara tan apenado por vernos entregados a nuestras devociones, me quedé tumbado con la camisa levantada hasta el cuello.

—¡*Ne, ne!* —gritó aterrado el hermano Pedro—. ¡*Nist, onnus Clement, nist Sodomita! ¡Ni allis!*

—¡*Im ik blinka, niu?* —replicó el abad.

—*Ne*, don Clement —gimoteo Pedro—. Puesto que no sois ciego, os ruego que miréis lo que os señalo. No es sodomía, *nonnus*. *Aj*, he hecho mal, *ja*. He sucumbido vergonzosamente a la tentación, *ja*. Pero mirad vos, *nonnus* Clement, la cosa pérfida y oculta que me ha tentado.

El abad le dirigió una mirada colérica, pero se me acercó sin que yo le viera, aunque me imaginé lo que Pedro le señalaba, pues Clemente contuvo un grito y farfulló otra vez: «¡*Liufs Guth!*».

—*Ja* —dijo Pedro—. Y doy gracias a *liufs Guth* de que haya sido sólo yo, un humilde recién llegado y un simple *pedisequus* (lacayo, criado) a quien este espúreo hombre-

niño, esta Eva furtiva, ha seducido con su fruto prohibido. Doy gracias a *liufs Guth* porque no haya hecho caer en sus redes a otro hermano de más valía o...

—¡*Slaváith!* ¡Calla! —le interrumpió el abad, al tiempo que me bajaba la camisa, tapándome, ya que sus gritos habían hecho que acudiesen otros monjes, que figaban desde la puerta de la cocina—. Pedro, ve a tu sitio en el dormitorio y quédate en tu camastro. Luego hablaremos. Hermano Babylas, hermano Stephanos, pasad y llevad estos platos y jarros a las mesas de los hermanos. Thorn —añadió, dirigiéndose a mí—, hijo... ven conmigo, muchacho.

Las dependencias de don Clemente eran una sola pieza aparte del dormitorio de la comunidad, pero igual de desnuda y austera. El hombre parecía no saber lo que había de decirme y estuvo un buen rato rezando, sin duda en espera de que le viniera la inspiración. Luego levantó sus viejas rodillas del suelo y me hizo signo de que me levantara; me estuvo interrogando y me dijo lo que tendría que hacer conmigo, dado que se había descubierto mi «secreto». La decisión nos causó a los dos mucha tristeza, pues el abad y yo nos queríamos mucho.

Al día siguiente me llevaron al otro extremo del valle —don Clemente mismo me condujo y me ayudó a recoger mis pocas pertenencias— a un convento para monjas dependiente de San Damián, la abadía de Santa Pelagia Penitente, una comunidad de vírgenes y viudas que se habían retirado a la vida monástica.

Don Clemente me presentó a la anciana abadesa, doña Aetherea, quien se quedó atónita, ya que me había visto a menudo trabajando en los campos de San Damián. El abad la pidió que me llevase a un aposento cerrado, en donde me hizo inclinarme del mismo modo que el hermano Pedro solía hacerlo y, apartando la vista, me levantó la camisa para mostrarle mi anatomía inferior. La mujer exclamó también en gótico: «¡*Liufs Guth!*», y se apresuró a bajarme la camisa. Luego, los dos sostuvieron una acalorada conver-

sación en latín, pero en voz tan baja que no pude entenderles. Finalmente, me recibieron en el convento con igual condición de que gozaba en el monasterio: oblato y novicio apto para todos los trabajos, o, mejor dicho, oblata y novicia.

De mi época en Santa Pelagia hablaré más adelante. Baste con decir que estuve muchas semanas trabajando, rezando y recibiendo instrucciones en el convento hasta que un día caluroso de principios de otoño alguien me acosó igual que el hermano Pedro.

Pero esta vez quien introdujo la mano por la camisa y me acarició las nalgas, comentando elogiosamente mi figura, no era un corpulento monje burgundio. Sí, la hermana Deidamia era también burgundia, pero se trataba de una novicia bonita y encantadora, tan sólo unos años mayor que yo, a quien ya hacía tiempo que admiraba secretamente. Por eso no me importó que Deidamia me sobara e hiciera como si por casualidad su mano iba a dar con la abertura que había utilizado Pedro y en ella introducía melindrosamente el dedo. De modo muy parecido a él, dijo con deleite: «Oooh, ¿tienes ganas de afecto, hermanita? Lo tienes caliente, húmedo y palpitante».

Estábamos en la vaquería del convento, adonde yo acababa de llevar las cuatro vacas al regreso de pastar para ordeñarlas, y la hermana Deidamia había venido con el balde. Yo no la pregunté si la habían mandado ir a ayudarme a ordeñar, porque me pareció que lo traía tan sólo para justificar su presencia allí y poderme acosar a cubierto.

Tras las primeras caricias, se fue colocando delante de mí y comenzó a levantarme con remilgos el hábito, como pidiéndome permiso.

—Nunca he visto a otra mujer desnuda —dijo.

—Yo tampoco —contesté con voz ronca.

—Tú primero —añadió coqueta, alzándome un poquito más la ropa.